

## Mi país

E. M. Cioran

### El Manuscrito Extraviado

*Un día de la primavera del '94, mientras intentaba ordenar la buhardilla de Cioran, Simone Boué encontró, en un minúsculo anexo que servía de maletero, la valija con la cual el exiliado había llegado a Francia en 1941. Y en ella, entre muchos papeles viejos y amarillentos, un sobre de color marrón, con un título en letras azules de bolígrafo: "Mon pays". Once páginas escritas en francés con tinta, por el estilo casi seguro que en los años '50, que rememoran las convulsiones de un espíritu desgarrado entre búsquedas y elecciones desacertadas en medio de una tormentosa relación: E. M. Cioran y el país de su juventud. Un complemento valioso al opus conocido, una confesión densa y conmovedora con peso de testimonio cardinal en la controversia sobre la adhesión del autor a la ideología rumana de extrema derecha de la cuarta década.*

Traducción: **Vasilica Cotofleac**

Soy un especialista de las obsesiones. Nadie las asimiló como yo. Sé muy bien qué puede hacer de nosotros una idea, hasta dónde nos puede llevar, cómo puede arrastrarnos y derrotarnos; conozco los peligros de la locura a la cual nos puede empujar, la intolerancia y la idolatría que nos asechan a través de ella y el impudor sublime al cual nos somete... Sé también que la obsesión es el fondo de una pasión, la fuente que la nutre y mantiene, el secreto que la hace perdurar.

Aún estaba lejos de cumplir los treinta años, cuando se apoderó de mí una irrefrenable pasión por mi tierra; desesperada, agresiva y sin salida. ¡Mi país! Yo quería aferrarme a él, a cualquier precio; mas no tenía a qué aferrarme. No conseguía darle ninguna realidad, ni por su presente, ni por su pasado. Lleno de furia, le atribuía entonces un futuro, se lo inventaba, se lo hermooseaba, sin confiar sin embargo en él. Y terminé por agredir ese futuro, por odiarlo: por escupir sobre mi propia utopía. Mi odio amante y delirante era, por así decirlo, un odio sin objeto; al encontrar mis miradas, el país se volvía polvo. Yo lo quería fuerte, arrojado, parecido a un ser maléfico, a alguna fatalidad capaz de hacer temblar el mundo; pero él era pequeño, modesto y carente de los rasgos que conforman un destino. Cuando me inclinaba sobre su historia, no veía más que servidumbre, resignación y vejación, y de vuelta a la actualidad me esperaban los mismos defectos; algunos deformados, otros conservados intactos. Lo revolvía sin compasión, y con tan frenético deseo de aprehender en él *otra cosa*, que ese frenesí de profunda *clarividencia* me hacía infeliz. Entendí que mi país no *resiste* ante mi orgullo, que, confrontado con mis exigencias, luce insignificante. ¿Acaso no fue entonces cuando escribí que hubiera preferido que se uniesen en él la ventura de Francia y la población de China? ¡Qué desvarío! Pero era un desvarío doloroso, un

trastorno nada gratuito, ya que afectaba mi salud bastante. En vez de dirigir mis pensamientos hacia una apariencia más consistente, los até al país, como presintiendo que él podría ofrecerme el pretexto de una inmolación perpetua, que, mientras soñara con él, dispondría de un prolífico manantial de despechos. Había descubierto un inagotable infierno, en el cual mi vanidad podía alcanzar la exasperación *por mi cuenta*. Este amor se volvía un castigo que yo reclamaba contra mi mismo, y un donquijotismo cruel. Nos gustaba charlar largo y tendido sobre la suerte de un pueblo sin suerte; y me volví un profeta en el desierto, en el sentido propio de la palabra. De hecho yo no era el único que divagaba, ni el único afligido. Había otros, que también especulaban con un *futuro*, aun cuando a veces dudaban de la legitimidad de sus ilusiones. Eramos un gentío de desesperados en el corazón de los Balcanes. Predestinados al fracaso; - nuestra única excusa. Que nuestro país no *existía*, era para nosotros una certidumbre; que él no tenía fuerza más que para nuestro desconsuelo, lo sabíamos muy bien.

Por entonces surgió una especie de movimiento, que quería reformarlo todo, *incluso el pasado*. No creí con sinceridad en él jamás. Pero era el único indicio de que nuestra nación podía ser algo más que una simple ficción. Fue aquello un alboroto brutal, una mezcla de prehistoria y de profecía, de mística de la plegaria y de la pistola. Las autoridades lo perseguían y él hacía todo lo posible por ser perseguido. Sus dirigentes fueron liquidados y sus cadáveres tirados en la calle: ellos sí salieron de ese episodio con un destino, y eximieron así al país de tener a su vez uno. Redimieron la patria con su enajenación de mártires atroces. Creyeron en el asesinato y terminaron asesinados. Se llevaron con ellos en la muerte un porvenir que osaron planear - contra el sentido común, la evidencia y la "historia" - para algo que no tenía ningún porvenir. El movimiento fue aplastado, dispersado, aniquilado. Tuvo la estrella de un Port-Royal salvaje. Cimentado sobre principios feroces, desapareció en medio de la ferocidad. Cuando llegué a experimentar cierta simpatía por esos soñadores sanguinarios, sentí confusamente, intuí, que no tenían cómo triunfar, que ni tenían que triunfar, que encarnaban en una forma *ideal*, perfecta, el malogro de mi país, y que el destino de ellos consistía en conferirle a ese malogro la reciedumbre y la altura que le faltaban. En el fondo yo había desarrollado una pasión por un doble fracaso. Sin embargo me hacía falta una pizca de conmoción. Y su rebeldía me la proporcionaba. El que entre los veinte y los treinta años no subscribe al fanatismo, a la furia y a la demencia es un imbécil. No se es *liberal* sino por cansancio, demócrata, por racionalidad. La desgracia le es reservada a los jóvenes. Ellos son los que promueven las doctrinas de la renuencia y las ponen en práctica; ellos son los que precisan de sangre, gritos, tumulto y barbarie. En esa época Europa tenía fe en la juventud, la empujaba hacia la política y los problemas de estado. Añadan ustedes a esto que el joven es teórico, semi-filósofo, y que requiere, cueste lo que cueste, de algún "ideal" desquiciado. Él nunca se contenta con una filosofía recatada: es fanático; apuesta por la locura y espera de ella todo.

Nosotros, los jóvenes de mi país, vivíamos de la Locura. Ella era nuestro pan de todos los días. Desapercibidos en un rincón del continente, despreciados por la humanidad, queríamos llamar la atención sobre nosotros. Para lograrlo algunos hacían uso del revólver y otros propalaban los disparates más pasmosos, las teorías más fantásticas. Queríamos irrumpir en la superficie de la historia: venerando el escándalo, el único medio, suponíamos, de desquitarnos de lo absurdo de nuestra condición, de nuestra sub-historia, de nuestro pasado inexistente y de la humillación del presente. "Hacer historia" era la expresión constante en nuestros labios. Vivíamos improvisando nuestro rumbo, sublevándonos abiertamente contra nuestra nulidad. Y no temíamos hacer el ridículo. Nuestros conocimientos eran precarios y nuestra experiencia quimérica; pero en lo sucesivo nuestra decepción iba a ser duradera, inamovible. Para convertirse finalmente en nuestra ley... Recaímos todos *al nivel* de nuestro pueblo.

...En lo que me concierne, iba a perder hasta el gusto de jugar al furor, al estremecimiento, a la exaltación. Mis extravagancias anteriores me resultaban inconcebibles; no podía ni imaginarme mi propio pasado. Al mirar atrás, él parece recordarme hoy los años de un *otro*. Es un otro aquel del cual yo reniego; todo lo que significa “yo”, está ahora a mil leguas del que era antes.

Y cuando pienso en todas mis emociones de entonces, delirios, errores y arranques, en todos mis anhelos de intransigencia, poder y sangre, en el cinismo sobrenatural que se había adueñado de mí, en mis torturas al amparo de la Nada y mis infinitas vigiliadas desoladas, tengo la sensación de estar ante las obsesiones de un extraño; y me quedo estupefacto al caer en cuenta que ese extraño era yo. Hay que agregar que a esa edad yo era novicio de las dudas, que apenas comenzaba a habituarme a ellas, que me revolcaba en certezas que negaban y afirmaban atropelladamente. Escribí en esa época un libro sobre mi tierra: tal vez nadie embistió alguna vez a su propia patria con una virulencia como la mía. Fue la elucubración de un chiflado. Pero en mis impugnaciones había semejante ardor, que ahora, después de tanto tiempo, me es difícil aceptar que no se trataba de una adoración revertida, de una idolatría al revés. Se parecía ese texto al himno de un condenado, a un credo brotado de los riñones de un patriota sin patria. Páginas excesivas, que le permitieron a otro país, enemigo del mío, usarlas en una campaña de calumnia y, tal vez, de verdad. ¡Poco me importa! Yo me sentía sediento de lo inexorable. Y, hasta cierto punto, le estaba agradecido a mi patria por la oportunidad de tan formidable suplicio. La amaba porque ella no podía responder a mis expectativas. Era un buen momento para esto: yo creía en el prestigio de las pasiones desafortunadas. Me cautivaba verme sometido a pruebas; y precisamente el hecho de haber nacido en ese país, me parecía la prueba suprema. Pero la verdad es que en aquellos días yo sentía una necesidad insaciable de violencia y acción; que me dominaba la tentación de destruir. Me pasaba los días desplegando en la mente las imágenes de una devastación total. ¿Con quién arrasar? No odiaba a nadie en particular. En mi tierra sólo había dos categorías de personas: los humildes, que eran casi la mayoría, y unos cuantos charlatanes, un puñado de parásitos que explotaban la miseria de los primeros. Acabar con estos últimos me resultaba una tarea en extremo sencilla. Dedicarme a ella hubiera significado involucrarme en una hazaña sin envergadura, dispersarme en lo evidente, responder a una exigencia demasiado general. De repente mi odio en busca de objeto creyó haber encontrado uno: los cementerios... Borracho de ira contra mis antepasados, no sabía cómo matarlos, una vez más, y para siempre. Aborrecía su mutismo, su ineptitud, y todos aquellos siglos que ellos habían colmado con sus abdicaciones. Mi idea era que las tumbas, con sus osamentas y todo, tenían que ser voladas; que se tenía que profanar la paz de los difuntos, que nos teníamos que vengar de ellos, de sus quiebras, desbaratar todo ese “antaño” colectivo, esa eterna nada nuestra... Mi proyecto, sobra decirlo, no desencadenó ninguna cruzada. Pero por un tiempo él me satisfizo. Después me dio asco odiar en vano y me dejé invadir por un rencor más vasto, que abarcaba a todo el mundo, desde el simple desprecio hacia un vecino hasta la anarquía cósmica. Es claro que yo necesitaba arrebatos así como otros necesitan razón o dinero. Saber que una cosa existe o que podría existir sin importarle mi voluntad destructiva, me provocaba crisis de rabia, me hacía temblar noche tras noche. Y comprendí entonces por qué la maldad del hombre supera tanto a la del animal: porque la nuestra, en su imposibilidad de pasar enseguida al acto y apaciguarse, se acumula, se intensifica y nos abrumba. Obligada a esperar, gana en vehemencia gracias a la reflexión y se vuelve inclemente. Ella puede ensancharse y abarcar todo lo existente, mientras la de la fiera, que dura apenas unos instantes, no se le aplica más que al objeto inmediato, y no llega a replegarse sobre sí misma. Nuestro odio alcanza, por tanto, tales proporciones, que, al no saber ya a *quién* destruir, “se fija” sobre nosotros mismos. Como sucedió conmigo: me volví el centro de

mi propio odio. Había odiado a mi país, había odiado a todo el mundo y el universo entero. Tan sólo me quedaba odiarme a mí mismo: y fue lo que hice, por el desvío de la desesperación.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Traducción efectuada sobre el texto publicado en rumano y en francés en Cioran, *Țara mea / Mon pays*, Gallimard, Paris / Humanitas, București, 1996.